



HOMILÍA en la Fiesta de la Natividad de la Virgen María, Ntra. Sra. de los Milagros, Patrona de El Puerto de Santa María y Ntra. Sra. de Regla, Patrona de Chipiona

(8 de septiembre de 2011)

Sr. Párroco y sacerdotes concelebrantes; religiosos/as; Excmo. Sr. Alcalde y Corporación Municipal; dignísimas Autoridades civiles y militares; Hermanos de la Archicofradía...; Representantes de diversas Hermandades e Instituciones locales; devotos y hermanos todos:

La Iglesia celebra hoy la fiesta de la Natividad de la Virgen María, “hija predilecta” del Altísimo, Madre del Verbo de Dios y Esposa virginal de José –como hemos escuchado en el Evangelio- “de la cual nació Jesús, llamado Cristo”. Nace una hija y con ella nace la Madre por excelencia, la que estaba destinada a acoger en su corazón el proyecto salvífico de Dios para toda la humanidad, colaborando así –desde su ser maternal- en la misión redentora de su Hijo, el Salvador del mundo. De este modo la Virgen es contemplada también como “Nueva Eva” que, junto a Jesús, el “Nuevo Adán” y Primogénito de toda la creación, llevan a cabo “por el camino del amor”, el rescate para Dios de todo lo creado y su destino feliz en la consumación gloriosa del Reino de los cielos.

Por eso el nacimiento de María marca el momento en que comienza lo que San Pablo llama “la plenitud de los tiempos”, en que Dios “envió a su Hijo, nacido de mujer” (cf Gál 4,4). Momento sublime que la Iglesia celebra con gozo porque, en cierto modo, esta fiesta es como el cumpleaños de la Virgen, aunque Ella ya está inserta en la eternidad. Pero nosotros queremos festejarla uniéndonos al coro de “todas las generaciones” que a lo largo de los siglos felicitan a la Virgen y siguen proclamando su mismo cántico de alabanza.

Nos unimos al gozo de la Virgen y damos gracias a Dios por habérsela dado como Madre. Su rostro para nosotros es “Ntra. Sra. de (los Milagros) (de Regla)”, bajo cuya protección maternal nos acogemos, junto con toda esta población de... que cada ocho de Septiembre la aclama con fervor y la venera como excelsa Protectora. Y renovando una vez más nuestros sentimientos filiales hacia Ella, como Virgen y Madre, ponemos en sus manos nuestros deseos y necesidades personales, al mismo tiempo que le confiamos las ilusiones y proyectos de esta gran familia que, como ciudad y como iglesia se siente unida en torno a la imagen querida y entrañable de Ntra. Sra. de (los Milagros) (de Regla)

Todo cumpleaños es una fiesta familiar. Por eso nosotros, sus hijos, en este día solemne volvemos nuestra mirada hacia Ella para contemplar su figura y venerar su vida, que para la Iglesia es siempre modelo a imitar, y sobre todo camino que nos lleva a Cristo. En efecto, el Evangelio nos muestra cómo María, con la “gracia del Espíritu Santo” (cf Lc 1, 35) fue guiándose por la Escritura haciéndose así “oyente de la Palabra”. San Juan dirá que “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 18), puso su tienda en medio de nosotros naciendo del seno virginal de la Virgen María. Por eso, el encuentro con María es siempre un encuentro con Jesús. Ella nos lleva hasta su Hijo.

“Muéstranos a Jesús”, le pedimos en la Salve y eso es lo que podemos contemplar en la bendita imagen que hoy veneramos de Ntra. Sra. de (los Milagros) (de Regla). Jesús Niño en sus brazos es el tesoro que quiere traer a nuestras vidas. María nos ofrece su Hijo, es decir, con El nos da el Evangelio, cuyas palabras Ella “guardaba y meditaba cuidadosamente en su corazón” (Cf Lc 2, 51); comparte con nosotros los Misterios de su vida, según vamos contemplando cuando rezamos la oración mariana por excelencia que es el Santo Rosario. Y en el Niño nos ofrece también el Misterio de su Presencia eucarística; “Ave verum corpus” canta la Iglesia admirada y agradecida porque el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se hacen presentes en la Eucaristía fueron dones recibidos del cuerpo virginal de su Madre, la Virgen María, en cuyo seno fue engendrado “por obra y gracia del Espíritu Santo”.

Por eso también nosotros estamos llamados a acoger al Niño, a ser en definitiva instrumentos del Señor para llevar como María la salvación que trae ese Niño pequeño. También nosotros tenemos que pedirle al Señor que nos conceda la gracia del Espíritu Santo y “nos transforme en ofrenda permanente”, (Cf Plegaria eucarística IIIª) para hacer de nuestra vida una entrega generosa a los demás. Acoger al Niño en nuestra vida es tener claro que como María tenemos que salir al encuentro de las necesidades de nuestros hermanos para compartir con ellos lo que nosotros hemos recibido de Dios.

Acoger a ese Niño que la Virgen sostiene en sus brazos es adquirir esa sabiduría y prudencia que alaba la Escritura y que el Papa recordaba a los jóvenes en la reciente Jornada Mundial celebrada en Madrid:

“...sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre el cimiento firme que es Cristo. Esta sabiduría y prudencia guiará vuestros pasos, nada os hará temblar y en vuestro corazón reinará la paz. Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría contagiará a los demás. Se preguntarán por el secreto de vuestra vida y descubrirán que la roca que sostiene todo el edificio y sobre la que se asienta toda vuestra existencia es la persona misma de Cristo, vuestro amigo, hermano y Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, que da consistencia a todo el universo. Él murió por nosotros y resucitó para que tuviéramos vida, y ahora, desde el trono del Padre, sigue vivo y cercano a todos los hombres, velando continuamente con amor por cada uno de nosotros” (cf Discurso 18-VIII).

Por lo tanto, queridos hermanos y amantes devotos de nuestra celestial Patrona: que Ella “que supo decir «sí» a la voluntad de Dios, y nos enseña como nadie la fidelidad a su divino Hijo, al que siguió hasta su muerte en la cruz” (ibid) nos conceda un corazón puro y virginal que no antepone sus propios criterios a los planes de Dios, sino que obedece dócilmente su Palabra para hacerla vida en la propia vida, haciendo de ella “un culto agradable a Dios” (cf Rm 12,1) para el bien de nuestros hermanos.

“Por María a Jesús”. Hasta El queremos llegar. Por eso, que Ella como Madre y Maestra nos enseñe a guardar sus palabras y a “meditarlas cuidadosamente en nuestro corazón” (Cf. Lc 2,19). Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez